

LOS CRIOLLOS DEL XVI EN EL ESPEJO DE SU PROSA

Fernando BENITEZ

Dos SON LOS cronistas del siglo xvi que se destacan principalmente: Juan Suárez de Peralta, autor del *Tratado del Descubrimiento de las Indias*, compuesto en 1589, y Baltasar Dorantes de Carranza. Este último, si bien escribió la *Relación* en 1604, su vida discurre dentro del ámbito del xvi y su obra refleja vivamente el espíritu que animaba a los hijos de los conquistadores. Juan Suárez de Peralta fué hijo de Juan Suárez, el hermano de Catalina Suárez, la primera mujer de Hernán Cortés; y Dorantes de Carranza lo fué del capitán Andrés Dorantes, el sobreviviente de la expedición de Pánfilo de Narváez, que con Alvar Núñez de Cabeza de Vaca, el capitán Castillo y el negro Estebanico, cruzó en diez años, y corriendo las más extraordinarias aventuras, el enorme espacio que va de la Península de la Florida, Texas, Arizona, Sonora y Sinaloa, a la ciudad de México. La diferencia que separa sus nombres de los de sus padres ya nos habla del proceso aristocratizante desarrollado en el término de una generación. Los manuscritos de ambos no corrieron con buena fortuna. El de Suárez lo exhumó y dió a la stampa el erudito español D. Justo Zaragoza en 1878, y el de Dorantes permaneció inédito hasta 1904, año en que lo publicó el Museo Nacional. Suárez era un hijodalgo aficionado a los caballos; un espíritu inquieto que se exilió voluntariamente cuando el paraíso de los criollos se derrumbó en la Colonia. Como historiador de las Indias es sólo un farragoso repetidor de lugares comunes, pero como cronista de hechos vividos no tiene quien lo iguale. Su tratado, reeditado hace poco, se ha hecho del dominio de un extenso público, mientras la *Relación* de Dorantes ha permanecido oculta en las bibliotecas históricas. Con ser ambos trabajos documentos esenciales, he creído a causa de su rareza y por razones de espacio, que debía ocuparme exclusivamente de la *Relación*. No será un tema agradable, pero, en cambio,

sí lo creo fundamental en el conocimiento de la vida y la cultura criollas de nuestro siglo xvi.

ANDRÉS DORANTES, el padre, al regresar de su penosa estancia en la Florida, ya no salió de la Nueva España. Tomó parte en la pacificación y conquista de Jalisco, y al concluir su única intervención guerrera en el Nuevo Mundo, el virrey don Antonio de Mendoza lo casó con la encomendera doña María de la Torre, viuda del conquistador Alonso de Benavides, quien le dió varios hijos.

Baltasar, el primogénito, nace posiblemente en 1548. El padre andariego murió antes de 1560, y doña María volvió a casar, "descuidando a los hijos" de los matrimonios anteriores. "Crece Baltasar —escribe Ernesto de la Torre— en la encomienda de doña María, y viene a México, donde radica la mayor parte del tiempo bajo la dependencia económica de la madre encomendera, quien lo alimenta y viste. . . , dándole lo necesario para el cuidado de su persona."¹

A los quince años se "enamora locamente" de Mariana Bravo, una mujercita de catorce, y se casa con ella "por palabra de presente", fórmula poco ortodoxa de matrimonio. Tres meses después, el criollo olvida su primer amor, vuelve a enamorarse perdidamente de otra niña de catorce años, llamada Isabel de Rivera, y contrae nuevas nupcias, también por palabra de presente. Es imposible calcular cuántos matrimonios hubiera realizado este precoz ejemplar de bigamo, si la Iglesia, "al solicitar permiso para casarse eclesiásticamente",² no interviene, metiéndolo a la cárcel. Se abre un enredado proceso. Baltasar se niega a formalizar la promesa empeñada con Mariana; un tío de ella, hombre de influencia, interviene, los abogados alegan que el reo es "un muchacho de poca edad y capacidad", lo cual resulta evidente; se arrepiente de su ligereza, y la autoridad declara "válido el primer matrimonio y nulo el segundo".³

En tanto que a su edad otros criollos componen sentencias latinas, el futuro cronista está lanzado a una carrera de peligrosas aventuras. El 24 de julio de 1563, con unas llaves falsas y un cómplice, se fuga de la cárcel, lo que le vale el destierro del arzobispado por tres años y una multa de 170 pesos, la cual paga el tío de Mariana, con la que al fin, y contra toda su

voluntad, se casa. De ella tiene varios hijos. El primogénito, en 1604, estaba en la corte pretendiendo mercedes.

En 1572, encontrándose en Atzalán —siempre consideró suya esta encomienda a pesar de que legalmente pertenecía a una hija del primer matrimonio de su madre— se le acusa ante la Inquisición, no sólo de estar casado por tercera vez, sino de impedir que “sus” indios recibiesen la doctrina.

Se ignora cuándo inicia su carrera de burócrata. En 80, el virrey Martín Enríquez de Almanza trata de llevárselo al Perú —después se lamentará de haber rehusado la invitación—; Villamanrique le da diversos empleos, y cuando la llorada encomienda pasa, por muerte de la madre, a su media hermana doña Antonia de Benavides, Baltasar se resigna a no vivir más del trabajo de los esclavos indígenas. Sucesivamente ocupa los cargos de alcalde mayor y oficial real en Veracruz (1588), más tarde el de Tesorero de la Real Hacienda y algunos otros cargos “de gran calidad y consideración”. Su afición a las mujeres no lo abandona nunca. Al enviudar se casa con otra Mariana —Mariana Ladrón de Guevara—, de la que dice, en 1604, tener “un hijo varón de su nombre. . . y varias hijas”.

Los pocos datos que nos han llegado sobre su vida le resultan desfavorables. Tampoco son halagüeños los juicios formulados acerca de la *Sumaria Relación* que constituye toda su obra. Ramón Iglesia llega a preguntarse si Dorantes merece el título de historiador; Pedro Henríquez Ureña lo califica de excelente; y Ernesto de la Torre, el que mejor estudio ha realizado de su mamotreto, afirma que lo escribió movido del interés económico.

El hijo del hombre que resucitaba a los muertos en los desiertos texanos, es un fanfarrón que “alardea de historiador documentado”, y “todas sus informaciones se reducen a un mal extracto de tres o cuatro autores conocidos —no sólo de Gómara, como asienta Iglesia—. Sin duda, le falta capacidad para elaborar un relato, y carece de un criterio firme, “pues nada oportunas resultan en su obra, destinada a poner de relieve los méritos de los conquistadores, las diatribas contra sus crueldades que parecen tomadas de los escritos del Padre Durán”.⁴

No es esto todo. Iglesia califica a Dorantes de “adulador

servil que nunca encuentra elogios bastantes para el virrey, encaminados todos a pedir mercedes para los descendientes de los conquistadores, quienes, según él nos dice con tono conmovido, se encontraban en la mayor miseria, llegando algunos a pedir limosna por las puertas de las casas”, y no es menos cierto que Dorantes resulta culpable “de marcar una inflexible línea de demarcación entre los conquistadores y pobladores y los advenedizos llegados con posterioridad, a quienes trata con rabia y desprecio insuperables”.

Sin embargo, estas graves limitaciones, con algunos aciertos no señalados, son los que hacen particularmente valioso el testimonio de Dorantes, sin el cual no tendríamos hoy un entendimiento cabal del criollo y de la sociedad de su tiempo. Dorantes pertenece a una clase derrotada. Suárez de Peralta, al sentir que las puertas del paraíso criollo se le cerraban en los talones, prefiere buscar la protección de sus parientes en España. El autor de la *Relación*, al perder una encomienda que en derecho nunca llegó a pertenecerle —“el pueblo que yo alcancé a heredar, valía cuando se me quitó cinco mil pesos de renta, y quedé tan desnudo y en cueros como lo salió mi padre de la Florida”—, se aferra, para no soltarla más, a la casaca de los virreyes.

Como burócrata es irreprochable. Conocía a fondo los secretos de palacio, y fué por temperamento un genealogista, uno de esos hombres, comunes en nuestro país, que gustan de encaramarse a los árboles de las familias ajenas, sin pensar que un examen de su propio árbol descubriría pormenores nada honrosos.

En 1604, con más de cincuenta años, es el prototipo del cortesano. A su ojo crítico no escapa uno solo de los numerosos solicitantes que llenan a diario las antesalas virreinales. Su finísimo olfato le permite descubrir sin error a los advenedizos, a los simuladores y a los plebeyos, por más que falsificaran probanzas de limpieza de sangre; pero como estos héroes de la picaresca, a fuerza de adulaciones y caravanas, al fin obtenían mercedes, con grave daño de los que en derecho las merecían, Dorantes decide formular una relación de las familias de los conquistadores de la Nueva España, para que el virrey sepa a quién debe recompensar y a quién cerrarle las arcas del real tesoro.

Una vez que Dorantes se cree el inspirador de una nueva justicia distributiva, principia a trabajar activamente. No era fácil levantar un censo minucioso. En cerca de tres cuartos de siglo, los primitivos troncos han echado numerosas ramas. Unas familias emigraron a lejanas provincias, y otras habían mezclado sus linajes, complicando la tarea del genealogista. No todos facilitan informaciones, y algunos proporcionan datos falsos, por lo que Dorantes, a causa de andar corriendo de casa en casa y de manejar informaciones y papeletas, llega a enfermarse de cierta gravedad.

Se "maravilla" de los resultados arrojados por su censo. De los 1,326 españoles que intervinieron en la conquista de México, sólo perduran, agrupados en 196 casas, 109 hijos, 479 nietos, 85 bisnietos y 65 yernos, lo que hacía un total de 934 personas, capaces "para oficios y provisiones de Su Majestad".⁵

Dorantes aprovecha el hallazgo con habilidad para construir un alegato en favor de su casta. Cierto es, razona, que algunos murieron en la guerra, pero el mayor número emigró, debido a los agravios que sufrieron de los pasados gobernantes. "A río revuelto, ganancia de pescadores". Se arrebataron sus bienes a los que habían prestado grandes servicios y se concedieron mercedes a los que "de nuevo venían con sus manos lavadas a comer de los sudores y frutos ajenos", y cuando el rey hizo justicia y cesaron "aquellos tumultos que casi parecían tiranías", ya era tarde. La Audiencia, aunque restituyó encomiendas y haciendas, ante la imposibilidad de "trastornar un mundo", dejó las cosas en el mismo estado en que estaban, "con sola la lástima que hasta hoy sienten los que ganaron esta tierra y sus hijos, pues los que vinieron a la postre después de llano y ganado, se llevaron lo mejor".

Si bien en este fenómeno hay un misterio oculto que Dorantes conoce, rehusa ocuparse del asunto. Se le acusaría de malicioso, y en pago de sus trabajos, vigiliias y cuidados, ganaría enemigos y maldiciones, cuando "la verdad que sigo es servir a toda esta República, y plega a Dios que se me agradezca".

LAS TRAMPAS que han empleado los advenedizos para enriquecerse, y que él no debe revelar, porque desde el principio

—escribe en otra parte de su *Relación*— se ha propuesto “dejar los males de todos y decir los bienes de cada uno”, no arrojarían mucha luz sobre las verdaderas causas que han originado la desdicha de los criollos. Dorantes enfrenta una contradicción irreductible. Por un lado, observa que “predicar el Evangelio con la espada en la mano y derramando sangre es cosa temerosa”, y, por otro, que los santos ayudaron a los conquistadores en forma que no dejaba lugar a dudas. “No hay quien alcance esta teología, exclama irritado, aunque en el acto se apacigua y añade contrito: los secretos de Dios y sus juicios son inescrutables”. Una sola cosa aparece evidente: los padres pecaron y los hijos pagan la penitencia. Apenas se verán hombres de esta cepa que no mendiguen el pan en puertas ajenas. La Biblia le ayuda a expresar su indignación: “los desventurados —concluye—, quedaron arrastrados, como la culebra”.⁶

La idea de una culpa latente en las hazañas guerreras de los españoles, surge con frecuencia en su visión de un mundo indiano regido por misteriosas y omnipotentes fuerzas celestiales. Las desgracias que se abatieron sobre las más ilustres figuras de las Indias —Colón, Hernán Cortés, Núñez de Balboa— tienen su razón de ser en “querer predicar el evangelio con la espada desnuda vertiendo sangre. A lo menos no es lo que Dios mandó a sus discípulos cuando los envió a predicar a todo el mundo”. Para el cronista los fines que se perseguían —la evangelización de los indios— eran buenos, y los medios empleados, reprochables. El castigo no se había hecho esperar, “porque de bienes así adquiridos, todos se deshacen como el humo y como la sal en el agua”.

A pesar de esta terminante condenación de la violencia, las inconsecuencias de Dorantes lo mueven a aceptar con orgullo el cargo de Procurador de los Encomenderos ante el rey, “para que asista, que inste, que porfíe, que clame, que represente la sangre derramada”. El cronista que en forma gratuita había clamado contra el derramamiento de la sangre de los indios, se compromete de manera oficial a fungir de abogado de la sangre vertida por los conquistadores, y esta contradicción entre lo que escribe y lo que hace debe cargarse a la escasa consistencia de sus ideas, pero también, en buena parte, a la dramática lucha interior que en el criollo libran influencias enemigas. Oscila entre lo español —él se siente un español y así lo dice

expresamente en su *Relación*—y lo indígena, sentido como una perturbación espiritual a través de las doctrinas redentoras de los mejores españoles. Ya hay un asomo de conciencia americana en este oscilar, en esta vacilación cargada de torpes reticencias. En términos generales, podría decirse que el criollo cultivado está más cerca de los indios que el mismo indio culto del xvi. Muñoz Camargo, por ejemplo, el detestable cronista de su provincia, “abulta desmesuradamente la participación de Tlaxcala en la Conquista y su adhesión a los españoles”.⁷

No se avanza en la lectura de la *Relación* sin tropezar con una inconsecuencia. Unas veces concibe la conquista como un retablo pletórico de bienes celestiales: “fueron echando raíces de perpetuidad y grandeza de tierras y vasallos, y frutos fervientes de júbilo y alegrías del cielo con que se van hinchendo aquellas sillas de ánimas de tantos ángeles”. El genealogista principia a recrearse ante la imagen de provincias rebosantes de indianos que se enriquecen y “hacen sus linajes y sucesiones”, cuando siente la picadura de la codicia y termina afligiéndose al comprobar que unos se perpetúan en Castilla con lo que llevan, y otros se enriquecen “donde no pensaron hartarse ni dejar su mendiguez”.

Siempre es lo mismo. Los descendientes de los conquistadores —de 934, según sus cuentas, sólo poseen encomiendas 55 en 1604— andan arrastrados como la culebra, y el advenedizo que no ama la tierra, prospera y se adueña de sus bienes. Este pensamiento lo enloquece. Baltasar Dorantes de Carranza, el hijo de un héroe, debe sufrir el verse relegado por una nube de plebeyos “manos blancas”. Su amargura y su desilusión no reconocen límites. La inconformidad del criollo ante su realidad estalla en una fuga de disparos retóricos, y su estilo, que expresa el retorcimiento interior del despojado, se hace barroco, y anuncia los delirios verbales que le darán su pesada, su oscura y tediosa fisonomía a nuestros siglos xvii y xviii.

Tres páginas de su manuscrito llena de desahogos: “¡Oh Indias! —principia su tirada llenándose de aire los pulmones—, ¡oh conquistadores llenos de trabajos y en aquella simplicidad de aquellos dichosos tiempos, donde no sacasteis más que un nombre excelente y una fama eterna, y en tiempos que en mayores servicios y mejores sucesos érades despojados de

vuestras propias haciendas y de los frutos de vuestros servicios y hazañas, dando los que gobernaban en los primeros años vuestros sudores a gente advenediza y que no mereció nada en la conquista, ahora es ya llegada la sazón donde luce más el engaño y la mentira y la ociosidad y el perjuicio del prójimo, con que vendiendo vino o especias, o sinabafas o hierro viejo se hacen grandes mayorazgos e hinchen este mundo con milagros fingidos, sin ser agradecidos a Dios ni a los que los crecieron en su desnudez del polvo de la tierra, para llevarlos a tan poderosos.”

“¡Oh Indias —dice entre otros muchos denuestos—, alcahuete de haraganes, banco donde todos quiebran, depósito de mentiras y engaños, hinchazón de necios, destrucción de la virtud, casa de locos, mal francés, dibujo del infierno, madre de extraños, patria común de los innaturales, dulce beso de paz a los reciénvenidos, madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales, cuchillo de los vuestros, azote de los propios.” A la mitad corta el tropel de adjetivos —ha llamado a las Indias lobo, zorra, ídolo de Satanás y burdel de los buenos— para preguntarse: “¿No sabéis cómo vuestros bienes, vuestro oro, vuestra plata y vuestras piedras preciosas no se perpetúan en esta tierra? ¿No véis que son bienes muebles y no raíces? Todo se acaba, todo se queda y vuestros sucesores no llegan al tercer poseedor de vuestra hacienda.”

Esta “digresión y exclamación del autor”, según califica Dorantes su diatriba en una nota marginal, centro y clave de la *Relación*, va dirigida al gobernante de la casa de locos, al “manos blancas” que favorece a los reciénvenidos, al español, en fin, encargado de administrar la política real tan contraria a los intereses de los criollos. González Obregón, basado en los numerosos desahogos de Dorantes, se sorprende “de la firmeza y valentía en el modo de expresar sus opiniones”.⁸ Dorantes, en efecto, es un criollo que ha asumido voluntariamente el papel de gratuito defensor de los suyos. Los defiende con lo único que tiene, su enrevesada pluma, y no escatima razones indignadas, pero al mismo tiempo es un hábil cortesano incapaz de cometer una torpeza que lo comprometa a los ojos de su protector.

Dorantes observa la sociedad de su época con los anteojos del memorialista. Suárez de Peralta ve las cosas desde lo alto de

su caballo, y su crónica tiene un eco del ritmo que van dejando las herraduras en las carreras, los torneos y las cabalgatas en que participa. Dorantes no es hombre de a caballo, sino un palaciego. Su observatorio son las antesalas del virrey, y su campo de estudio lo constituyen de preferencia los pedigüenos de mercedes. Un recién llegado se dejaría engañar por las apariencias. ¿Cómo distinguir a los hijos legítimos de los bastardos, a los caballeros de los picaros, a los advenedizos de los que hace tiempo viven arraigados en la tierra? Cabalmente para ello está ahí Baltasar Dorantes de Carranza, genealogista de profesión, y para eso ha escrito una *Relación* que le permita al virrey distribuir empleos y dádivas sin incurrir en injusticias lamentables.

En su nómina, claro está, no figuran los muertos, pues ya tienen la tierra justa que les correspondía, ni los hijos de los conquistadores metidos a frailes y clérigos, ya que éstos “son muchos”, y al menos legalmente están incapacitados para continuar las casas, “como él llama a las genealogías”.⁹

EN MATERIA de descendientes de pobladores —Dorantes es uno de ellos—, sustenta el criterio de que merecen ser tratados como los hijos de los propios conquistadores. Sin embargo, Dorantes señala excepciones. En esta categoría sólo debe incluirse a los primeros inmigrantes que se mezclaron a las familias de los guerreros, por más que algunos “en los premios más quieren estar al sonido de la caja, aunque no despertaron al son de la trompeta”, y para que el virrey sepa con exactitud quiénes merecen recompensas, el consejero cierra su libro con un nutrido cuaderno de pobladores distinguidos en el cual incluye setenta y cinco casas.

Dorantes odia tanto a los bastardos como a los advenedizos. Transige con los descendientes de los conquistadores y los menciona a todos, no porque sean hidalgos, sino debido a que su nobleza les viene de los servicios prestados al rey, pero a los hijos ilegítimos no los sufre, y más si descienden de madres indígenas. “De los bastardos —le dice al virrey— no habla mi pluma, ni los escribiré, [y] a ellos está mejor que se queden en el tintero, pues las leyes eclesiásticas, derecho divino y civil, no les ayudan”. Páginas adelante reconsidera su propósito de abandonar a los bastardos en las profundida-

des de su tintero, y decide mencionarlos, no para que alcancen algunas migajas de la mesa gubernamental, sino para que el virrey conozca a los pedigüeños más inoportunos y numerosos de su audiencia y conociéndolos les dé con la puerta en las narices. Estos parias indignos, “hallados a oscuras y no de madres muy claras”, son los que echan a perder las sucesiones legítimas, “y cristianísimo príncipe: según mi opinión, aunque sea dicha por un hombre de espada y capa, ni el Rey ni Vuestra Excelencia les deben nada, ni es justo que prefieran a los legítimos, pues de razón natural y ley, según Dios y justicia, son los hijos naturales propios con quienes se entienden las nuevas leyes, y se les ha de distribuir el pan y no quitarlo para darlo a gente de esta raza”.

La terca oposición al nuevo colono —uno de los elementos activos de la nacionalidad— de parte de los hombres arraigados en México, y el desprecio al mestizo, a ese mestizo que andando el tiempo daría a México su perfil insobornable, contribuyeron a debilitar la posición del criollo, privándolo de sus aliados naturales.

Las ideas aristocráticas en un país de indios, y la codicia que pretende acaparar para un grupo reducido los mayores privilegios sociales y económicos, fueron graves obstáculos en el desarrollo de la nación. Los criollos —los hijos de la gente del común, como gusta de calificar a sus padres Arciniegas— carecen de muchas de las virtudes plebeyas de sus padres. Son aristócratas de nuevo cuño, repletos de estériles ideas caballerescas que defienden a todo trance el sagrado derecho a no trabajar que para ellos habían conquistado, con sudor y sangre, sus antecesores. “Eran, en suma —escribe García Icazbalceta, que dedicó su vida a estudiarlos—, una nube de vagos con humos de grandes señores, que veían de reojo a los españoles llegados después de la Conquista, porque con mejor acuerdo se dedicaban a trabajar el comercio o en la labor de la tierra. De su industria sacaban comodidades que los de alcurnia de conquistador veían con envidia, y la desahogaban con morder despiadadamente a los que llamaban advenedizos, aprovechando el lado ridículo de algunos embusteros arrogantes que llegaban contando maravillas de sus riquezas y linajes, cuando de a legua descubrían la burda tela de su baja y estrecha cuna”.¹⁰

Entre los muchos pretensores que lustran con sus raídas calzas los bancos de la antesala virreinal, los únicos merecedores de recompensas son los nobles. Llevan las bolsas repletas de pergaminos y memoriales, son los primeros en llegar y los últimos en marcharse. Se pasan las horas muertas en la audiencia, pálidos de hambre, las finas manos apoyadas en la empuñadura de la espada y ocultando como mejor pueden los agujeros de las botas. Nadie les hace caso, pero estos descendientes de héroes, que han tasado, no con exceso, debemos reconocerlo, el menor rasguño sufrido por su padres en las guerras, muestran un saludable optimismo. Al pensar en su raza de proscritos, los ojos del genealogista se llenan de lágrimas. Él sabe hasta qué extremo podían alcanzar la palma del martirio, pues “no hay cosa más abatida ni arrastrada que el uso de la pretensión”. Qué de “pasos perdidos”, de “gorradas al aire”, de vergüenzas, sufren los desdichados. Y a pesar de sus esperanzas frustradas, “qué de favores pintan sin poder nada, qué encantamiento y embeleso es en el que traen al mundo engañado”. “Y vive Dios —jura Dorantes conmovido—, que he visto morir en esta ciudad dos o tres hijos y nietos de conquistadores calificados, de hambre; y los he ayudado a enterrar con esta lástima porque les dilataron su remedio”.

Nunca se ha rezado un responso mejor en memoria de los pretendientes mexicanos, esa legión anónima que ha vivido y ha muerto en las antesalas gubernamentales durante cuatro siglos. Dorantes no sólo se conforma con relatar sus desdichas, sino que ayudó a cruzar esas manos delgadas extendidas inútilmente por espacio de tantos años. ¡Hermosa lección dieron a los virreyes avarientos estos héroes de la burocracia que prefirieron morir de hambre a deshonar sus blasones desempeñando un oficio plebeyo! “La cosecha de reyes y de príncipes —sentencia Dorantes deduciendo la obligada moraleja— ha de ser siempre ayudada, pues es amada del mismo Dios”.

El manto protector que el cronista ha echado sobre los hombros de los pedigüeros nobles no debe extenderse a los grumetes y marineros, que apenas llegados a las Indias se hacen llamar Don Fulano y Don Zutano, ni a esas señoras que con mil embustes, dones y títulos fingidos, se hacen pasar por Doña Ángela y Doña Alberta, pintan fantasmas, traen embalsamado al mundo y a las gentes quebradas las cabezas,

desdeñan la tierra, consiguen grandeza y aniquilan a los antiguos residentes.

Lleva Dorantes con pedantesca minuciosidad una extraña contabilidad por partida doble. De un lado se alinean los buenos, los que tienen derecho a gozar de las delicias de la tesorería real, y del otro los malos, los torvos y miserables sujetos a los cuales el virrey debe condenar a la proscripción y a la miseria. Entre los condenados —bastardos, advenedizos y pobladores acomodaticios—, Dorantes reserva el último círculo de su infierno burocrático para los hijos de los conquistadores privados de árboles genealógicos satisfactorios. En su último desahogo late el odio y el desprecio que en la Edad Media el noble señor feudal arrinconado y pobre experimentaba por los burgueses dueños de la riqueza ciudadana. El criollo que debe vivir cogido a la chupa de los virreyes, desempeñando cargos modestos en regiones insalubres, tiene que sufrir la ignominia de andar “entre los pies de los caballos” de los encumbrados plebeyos. Su venganza consiste en alardear de su nobleza y en echarles en cara a estos piojos resucitados su origen oprobioso. “Doy infinitas gracias —escribe tembloroso de rabia— que después de tantas gracias y mercedes usadas por mi padre, lo hizo en su naturaleza de lo más noble, y no pasó a las Indias con oficio de bajeza, sino de capitán de infantería por Su Majestad; y no sirvió a nadie, ni vino allegado ni arrimado a hombre nacido”. En cambio, ¿quiénes son los que más lucen y se destacan en la Nueva España? De uno, su padre fué lacayo “aún después de ganada la tierra”, y del otro, herrero. Son hijos de sastres, de carpinteros, de zapateros, de atambores, pífanos, trompetas, marineros y grumetes. A todos los conoce por sus nombres. Hoy comen manjares de príncipe y han sido sacados del “rescoldo y tizne de las ollas”. Su pluma podría descubrirles los huesos, lo cual les daría bien en qué roer, mas prefiere dejarles en el tintero —“¡agradézcanme que lo callo!” —y absolverlos a todos debido a los “servicios tan grandes de sus pasados, de quien vamos haciendo tronco y principio en estas generaciones”.

POR LO QUE HACE a las mercedes de que el virrey puede disponer, Dorantes es un realista. Posee una información suficiente sobre la marcha de la política y los recursos de la

administración, para no incurrir en la necesidad de solicitar imposibles. El señor feudal en derrota, lejos de presentarse al rey en la forma insolente que lo hicieron los criollos de la segunda mitad del XVI, manifiesta, con las efusiones retóricas a él peculiares, su gratitud por la política tutelar del monarca.

Según se desprende de las confusas razones en que Dorantes envuelve su petición, era costumbre nombrar corregidores y alcaldes en pequeños pueblos, asignándoles salarios tan reducidos que “no bastaban a sustentar una gallina”. Si estos cargos innecesarios fueran suprimidos y sólo se dieran en provincias importantes, con mejores sueldos y por un lapso de tres años, ateniéndose al Fuero de Castilla, “los indios se aliviarían algo de tantos trabajos como les caen a costas”, pues ahora —confiesa— “con sólo el resuello los acabamos”, el monarca ahorraría dinero y el virrey no perdería su tiempo en atender las solicitudes de los inconformes.

No fué ajeno Dorantes a las motivaciones de su tiempo. Siente la necesidad de expresarse por medio de la cultura, y aunque le faltó capacidad para elaborar un relato —es un cronista frustrado—, resulta indudable que le somos deudores de un documento esclarecedor del espíritu criollo. Lo que le pierde es su desorden, su pedantería libresca, su falta de proporción y su exceso de hinchada retórica. En su prosa es fácil descubrir una tendencia a la digresión y al prosaísmo de mal gusto que heredarán de la Colonia Joaquín Fernández de Lizardi, Carlos María de Bustamante y otros escritores de fastidiosa enumeración. En todos ellos la carencia de una disciplina determinó que su auténtica vocación literaria no diera los frutos que de ella razonablemente podrían esperarse. Dorantes, en lugar de presentar al virrey una nómina acompañada de las necesarias observaciones, trató de complacer al gobernante adornando su *Relación* con diversos episodios históricos. En un aspecto aparece como un fervoroso partidario de Las Casas. Se toma el trabajo de extractar para el Marqués de Montesclaros, a su modo enrevesado, las veinticuatro proposiciones del dominico, y llega a confiarle que su precioso libro le ha sido robado. Por recobrarlo diera “no sólo dinero, sino la sangre de mis brazos”.

A juzgar por sus encarecimientos, la lectura de las obras del obispo de Chiapas ha operado el milagro de tocarle el

corazón al encomendero. En él han desaparecido los últimos resabios del antiguo propietario de esclavos, y queda en su lugar un hombre afligido por crueles remordimientos. “Las Indias —escribe—, como se ganaron por codicia se perdieron por ella”. Tiene la firme convicción de que la perpetuidad del repartimiento y el asiento de la tierra no fueron posibles debido al mal trato que se dió a los naturales, y cree que uno solo de los argumentos lapidarios de Las Casas resulta “suficientísimo” para que el monarca niegue las encomiendas a los muchos “tiranos codiciosos” que las solicitan.

Le tiemblan las carnes de espanto cuando considera la destrucción de las Indias. Se ha aniquilado la gloria de Dios, se ha vuelto odiosa su santa fe, las provincias han quedado desiertas y miles de indios perecieron sin sacramentos, yéndose sus almas al infierno, por lo que el Señor castigará estos horribles pecados, y quizá llegue a decretar la destrucción de España. “Y porque nuestra vida —dice en el colmo del terror— no puede ser ya larga, invoco por testigos a todas las jerarquías y coros de ángeles, a todos los santos de la corte del cielo y a todos los hombres del mundo, en especial los que fueren vivos no de aquí a muchos años, este testimonio que doy y descargo de mi conciencia que hago”.

En medio de sus trenos, de sus profecías agoreras y de sus lágrimas, Dorantes insiste en sus peticiones. La encomienda es ¡ay! un bien perdido, una fuente extinta, pero no debe olvidarse que el virrey dispone de abundantes recursos a fin de premiar a los criollos. Lo que en realidad propone Dorantes es una versión administrativa del milagro de la multiplicación de los panes, como lo prueba el soneto de un desconocido con que ilustra esta parte de su *Relación*:

*Con cinco panes Dios la muchedumbre
hartó en el monte suficientemente...*

Si el pan es poco, “el dulce padre caro, de mi dichosa patria condolido”, podrá, repartiéndole con prudencia, hartar al hambriento y aun sobrarle. O dicho en jerga burocrática: el virrey otorgaría a los descendientes de los conquistadores, honras, franquicias, exenciones, privilegios, les daría preferencia sobre los advenedizos, aumentaría el tiempo y el salario de los cargos, incluiría los tenentazgos entre las alcaldías y los

corregimientos y, por último, suprimiría la ruinosa costumbre de anunciar las vacantes, pues son tan pequeñas estas mercedes que no vale la pena de vivirse en las antesalas para obtenerlas. “Y como esto se haga, como lo va haciendo Vuestra Excelencia, el reino se contentará sin instar en repartimientos.”

Hierve la sangre del criollo ante su evocación de las desamparas virreinales. El hombre ve descender sobre su raza proscriba un copioso maná en forma de alcaldías, tenentazgos y corregimientos. Sufre un verdadero éxtasis administrativo, una especie de locura burocrática, y, en medio de su arrobado, considera fácil y hasta legítimo colmar la canasta rebosante de dones que ha creado, con la presea más valiosa a que aspira todo criollo que se respeta: la encomienda. El buen abogado se prueba defendiendo las causas difíciles, y aunque él mismo, unas páginas atrás, la condenó con argumentos patéticos, y aun realizó una expiación pública, pasa a encarecer sus méritos, haciendo con limpieza la delicada suerte de convertir a Las Casas en un vehemente apologista de la encomienda mexicana.

“Es CIERTO —principia su contra alegato— que muchos solicitan las encomiendas por servicios y por causas justísimas”. A esa clase de pretendientes se les podrían asignar los indios adscritos a la Corona, pero, por desgracia, las leyes prohíben una traslación de dominio semejante. Planteada en estos términos la cuestión, Dorantes pasa a destruir el obstáculo legal que se interpone en su camino con un argumento irrefutable. Las leyes condenatorias fueron dictadas para evitar las matanzas de Santo Domingo, y tienen el valor de un mero escarmiento. No es el caso en que se encuentra la Nueva España, donde “son tan diferentes los términos y respectos, en especial en estos tiempos que no hay indios conservados ni bien tratados, amparados y regalados, como los de los encomenderos, que en sus trabajos y pleitos les son defensa, y en sus necesidades, les son verdaderos padres, y en sus enfermedades sus médicos y enfermeros, curándolos a su costa con medicamentos y regalos”. El santo Obispo, si en vez de haberle tocado la desgracia de vivir en aquellos días calamitosos, hubiera tenido la fortuna de presenciar estos dichosos tiempos —la edad de oro de los indios encomendados—, seguramente habría acon-

sejado el repartimiento en la Nueva España; y su defensa resulta de tal modo elocuente, que el bribón de Dorantes remata la faena citando algunas excepciones que Las Casas hizo en favor de México. Con todo, la desfachatez del cronista va más adelante, y termina ofreciéndose con cierto disimulo para ir de Procurador de los Encomenderos a la Corte —un hombre desnudo que tenga labios y lengua—, pues aún es tiempo de atajar el mal, “sino acabaremos todos insensibles a nuestro daño como de mal de San Lázaro y que por contagiosos y pestes nos pueden echar desta República y deste mundo; y plega a Dios que no hedamos más con los tiempos, que de los presentes, harto asco traemos con nosotros, que aun los príncipes y gobernadores se deben enfadar y cansar de esta importunidad tan continua... y no poder cumplir con tantos pobres”.

En síntesis, tales son las ideas que animan a Dorantes de Carranza, el criollo que salió a la defensa de los suyos con la pluma en la mano. Es desalentadora la idea que se había formado de su mundo y de su casta. Especie de caballero armado de la burocracia militante, cree que la salvación de los suyos consiste en un regadío parejo de mercedes reales. Su horizonte está limitado al palacio, considerado como una verdadera panacea de las necesidades públicas. Su razón de ser la apoya en el abolengo, y en él basa su derecho a prevalecer sobre los demás. Del conquistador le queda la aspiración al botín. No posee otra idea acerca de los bienes a que podía aspirarse en su patria. Sabe advertir una verdad: su clase es una clase de apestados; y prevé que con el tiempo su descomposición llegaría a ser intolerable. Su profecía había de cumplirse al pie de la letra.

NOTAS

¹ ERNESTO DE LA TORRE, “Baltasar Dorantes de Carranza y la *Sumaria Relación*”. En *Estudios de historiografía de la Nueva España*, El Colegio de México, 1945; 208.

² *Op. cit.*, 209.

³ *Op. cit.*, 209.

⁴ RAMÓN IGLESIA, en la Introducción a *Estudios de historiografía de la Nueva España*, El Colegio de México, 1945; 12.

⁵ DORANTES DE CARRANZA, *Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los con-*

quistadores y primeros pobladores españoles. México: Imprenta del Museo Nacional, 1902.

6 *Ibid.*

7 IGLESIA, *op. cit.*, 11.

8 En el prólogo a la *Sumaria Relación*.

9 Joaquín GARCÍA ICAZBALCETA, *Opúsculos*.

10 *Ibid.*